

# UN JUICIO CONTRA EL PACIFISMO

La huelga de hambre de Dick Gregory debía durar hasta la Navidad, y se iniciaba el Día de la Acción de Gracias. Gregory pedía en su proclama que los cristianos conscientes no celebraran nunca más las fiestas navideñas hasta que «la paz sobre la Tierra, incluido el Vietnam, y la buena voluntad para los hombres sean una realidad».

El gesto de Dick Gregory, un negro muy conocido en los ambientes teatrales de los Estados Unidos, se fechaba en el último trimestre de 1967, pródigo en protestas llamativas contra la guerra de Vietnam. Efectivamente, en San Francisco, durante un servicio religioso, casi un centenar de jóvenes, con dos clérigos al frente, depositaron sus cartillas militares en el altar durante el Ofertorio. La acción se repetió en Brooklyn poco después, dentro de una celebración ecuménica. Y todo ello no era más que el exponente de la repercusión que entre las gentes que se encontraban en edad militar había causado el «grupo de Baltimore».

Lo de Baltimore ocurrió en octubre del mismo año. Un sacerdote católico, un ministro protestante y dos laicos penetraron en la Oficina de Reclutamiento de Baltimore para consultar sus fichas militares, pero en lugar de devolverlas a sus cajetines, derramaron en los cartapacios unos frascos llenos de su propia sangre. **The Catholic Review**, semanario de la diócesis, habló de «un acto bárbaro, grotesco y antidemocrático», mientras que **The Catholic National Reporter** vio en ello «un símbolo, el más aleccionador encontrado hasta el momento, para expresar el rechazo de la guerra. Hay una ruda poesía en esa protesta, pero los poetas no suelen darse muy bien a entender». El cura católico en cuestión era Philip Berrigan, hermano del famoso jesuita, pacifista y poeta Daniel Berrigan. La Policía detuvo pronto a Philip y a sus amigos. Iniciando la serie de cartas y escritos desde la prisión, Philip Berrigan explicaba así las reacciones que motivó su gesto: «Nos miraban todos con una mezcla de curiosidad y de piedad, como a animales cogidos en el caso por culpa de su estupidez. Los agentes del FBI nos trataron con una estudiada cortésia. El comisario federal intentó seducirnos con la libertad a cambio de una "multa de 1.000 dólares solamente". El jefe de la prisión nos colocó en una enfermería confortable y limpia cuando decidimos declararnos en huelga de hambre. Y las enfermeras y los presos que nos visitaban se esforzaban por hacernos comprender lo absurdo de esa huelga. Un policía negro, de la raza de los buenos católicos de Nueva Orleans, me dijo un día: "Nunca hubiera pensado esto de un cura católico...". Evidentemente, mi nombre y mi posición provocaban la extrañeza y la desconfianza entre los buenos católicos tranquilos. A veces parece que esperan de mí una señal de locura o un comportamiento salvaje. Pero cuando se dan cuenta de que soy un tipo simpático y corriente, entonces creen que debo tener alguna propensión especial contra las tarjetas



Tres de las personas acusadas de complot para secuestrar al consejero presidencial Henry Kissinger, puestas en libertad bajo fianza de 7.500 dólares. De izquierda a derecha: el matrimonio Scoblick y los reverendos Neil McLaughlin y Joseph Wenderoth.

## FERMIN CEBOLLA LOPEZ

de reclutamiento, como una especie de alergia o algo así... Por otra parte, soy sacerdote. ¿Qué esperan de mí? Seguramente que diga que todo va bien, que la agitación actual es algo temporal, que pasará; que bendiga lo que está bien y sentencie lo que está mal. Piensan que ser sacerdote es convencer a las gentes de que el bazar de americanismo que invade el mundo es un sistema no sólo moral, sino el mejor, y que con tiempo y un poco de suerte tendremos la prueba de que el país tiene razón».

Para Philip Berrigan, un país como el suyo, incapaz de integrar a los negros, no podrá dejar tranquilos nunca a los vietnamitas, ni frenarse en la producción de armamento atómico, bacteriológico o químico; ni podrá hablar de la ley y el orden, ya que todas estas actividades van unidas y no cabe ejercitar unas sin las otras. Tras desenmascarar las manipulaciones a que **Times** y **Sun** habían sometido el gesto de los de Baltimore, terminaba el jesuita: «Se pasa del descontento a la resistencia. Torres, Guevara, Malcolm X pueden estar muertos, pero el bien —o el mal, si se prefiere— que hicieron, hecho queda. Y una cosa es más evidente cada día: que los hombres necesitan poder serlo en plenitud. Si no se les da esa posibilidad, la tomarán. Y en ambos casos podrá hablarse ya de revolución».

### DANIEL BERRIGAN

Mucho antes que Philip Berrigan, su hermano Daniel había entrado en conflicto con la Iglesia institucional, por una parte, y con diversas autori-

dades civiles, por otra. Ya cuando en 1965 habló con simpatía de Roger Laporte, un joven católico que se prendió fuego en Nueva York para protestar contra la guerra de Vietnam, el cardenal Spellman persuadió a los superiores de la Compañía para que alejaran al imprudente. Daniel fue enviado al Brasil, y por este motivo un grupo de católicos progresistas protagonizó una serie de protestas que tuvieron como consecuencia dar a conocer a Daniel Berrigan en la gran prensa.

En Brasil, el menor de los Berrigan descubrió con horror la injusticia social que allí reinaba y, a la vez, quedó hondamente impresionado por las técnicas de «concienciación» empleadas por Paulo Freire para «transformar los cactus en hombres». Desde ese momento se impuso a sí mismo como tarea la de «concienciar» a los americanos de Estados Unidos en favor de la paz.

Daniel había ingresado en los jesuitas el año 1949, mientras que su hermano Philip elegía la congregación de los josefitas, dedicada, con tradicionales métodos paternalistas, a la promoción de los negros. De origen irlandés, su padre era un ferviente católico, empleado en los ferrocarriles, que rompió con la Iglesia porque ésta no quiso sostener el movimiento sindicalista en su país. Tom Berrigan no creía en una Iglesia justa, y en esta idea educó a sus hijos.

Daniel Berrigan ha viajado por diversas partes del mundo. Permaneció un año en Francia, justamente cuando el primer lanzamiento público de los sacerdotes obreros. Escribió por entonces **Time Without Number**, apareci-

do en 1956, un libro de poemas en el que no se deslizo el menor asomo contestatario. En 1963 visitó la Europa del Este, y salió considerablemente impresionado de la visita al Museo de Leningrado dedicado al ateísmo, donde se presentan los pecados pasados de los ortodoxos y de los católicos romanos: «Cuando un pueblo eleva tal monumento —escribiría después—, es porque, efectivamente, tuvo que haber un pecado histórico y porque ese pecado grita venganza». En 1966 estuvo en Hanoi, donde consiguió la libertad de algunos prisioneros. En esta ocasión padeció las consecuencias de dos bombardeos americanos, y en uno de ellos se guareció en un refugio subterráneo llevando en sus brazos el cuerpo roto de un niño recogido en la calle, al que dedicaría estos versos:

«En mis brazos he dado a la vida,  
en un momento de gracia, al Me-  
[sías]  
de todas mis lágrimas. He llevado  
a un niño de Hiroshima fuera del  
[infierno].»

Pero fue sobre todo su alistamiento en el **Movimiento pro Derechos Civiles** lo que hizo de los dos Berrigan unos luchadores por la paz. Participaron en sus marchas de la libertad, hablaron por los Seminarios del país y se dieron a conocer a los jóvenes de los «ghettos» negros.

### EL GRUPO DE CATONSVILLE

«El 23 de abril (1970), a las cinco y media de la tarde, en la ciudad de Nueva York, mi hermano Philip y otro manifestante «antiguerra» fueron arrastrados fuera de la residencia sacerdotal donde vivían por agentes del FBI. De esta manera violenta los dos comenzaron a cumplir sus condenas respectivas, de tres y seis años, en prisión federal por destruir fichas de reclutamiento».

El texto es de una carta de Daniel, escrita durante los meses en que se declaró prófugo de la justicia. Porque Daniel Berrigan también había sido nuevamente condenado —por reincidencia— a tres años de prisión. Motivo: haber participado con su hermano Philip y ocho personas más en la quema de fichas de reclutamiento de las Oficinas Militares de Catonsville, Maryland, año y medio después del gesto de Baltimore.

Daniel Berrigan contaba entonces cuarenta y ocho años de edad. Se le vio por última vez el 18 de abril de 1970, en una concentración de la Universidad de Cornell. En el escrito que explicaba su huida, Berrigan se preguntaba: «¿Cómo es que tras escoger el quebrantamiento de la ley se ve uno obligado a llevar una vida oculta, ni en la cárcel ni en la libertad, como en un crepúsculo, algo así como entre el crimen y el castigo? ¿Es comprensible en una nación como la nuestra, donde la retórica revolucionaria es corriente, que un clérigo blanco, salido de una Iglesia culturalmente ahogada, inflexiblemente obediente al César, escuche ahora otras arengas y las siga? Algu-



Los hermanos Daniel y Philip Berrigan: «Se impusieron a sí mismos como tarea la de «concienciar» a los americanos de Estados Unidos en favor de la paz».

nos detenidos se vieron libres bajo fianza. Las esperanzas del anterior movimiento pacifista se perdieron en muestras de atracción y falsas promesas; los refuerzos para los manifestantes pacifistas prometidos por estudiantes, trabajadores, negros y ciudadanos de la clase media no llegaron. Nosotros, los de Catonsville, éramos algo más viejos y estábamos tan cansados como cualquiera. Sin embargo, algunos decidimos continuar la resistencia y rehuir la prisión. Para americanos blancos como nosotros, el intento de crear una presencia subterránea no violenta y políticamente escuchada era cosa de suerte. No éramos los "Panteras Negras", ni franceses bajo el Gobierno de Vichy, ni la Iglesia alemana de los años treinta, ni argelinos bajo la ocupación, ni miembros del FLN». Berrigan descubrió que «moverse libremente por el país, hablando, reuniéndose con pequeños grupos, estimulándose con análisis de sus vidas», era la única baza por el momento para seguir luchando por la paz. Y así fue como dio comienzo su larga huida por los Estados de la Unión.

Entre Baltimore y la huida de Daniel Berrigan se sitúa Catonsville. Junto a los dos Berrigan formaban el grupo



La hermana Isabel, activamente vinculada a los Berrigan.

Thomas Melville y su esposa, ambos antiguos misioneros de Maryknoll —él, expulsado por activista y connivencia con los guerrilleros de Guatemala—; por el pintor Thomas Lewis y otros tres católicos más. La mañana de la Pascua de 1969, todos ellos penetraron en las Oficinas de Reclutamiento de la ciudad y se apoderaron de 600 fichas de otros tantos soldados que debían salir dos semanas después para Vietnam, y las quemaron en una explanada cercana con ayuda de napalm fabricado por ellos mismos según receta de un manual militar. Cuando iniciaban una oración en torno al fuego, la Policía les detuvo.

En una declaración que el grupo dio a conocer el mismo día, explicaban: «Hemos empleado el napalm porque ha sido utilizado muchas veces para quemar seres vivos en Vietnam, en Guatemala y en Perú, y porque puede ser utilizado contra los "ghettos" negros americanos. Hemos destruido las fichas de reclutamiento porque pensamos que hay cosas que nunca deberían existir».

Cuando meses más tarde el cardenal Sehan tuvo noticia de la sentencia dictada contra los miembros del grupo, declaró que «aun reconociendo el derecho de todo hombre y de todo cristiano a la libertad de conciencia, no puedo encontrar excusa a la destrucción de la propiedad del Estado ni a la intimidación de los empleados gubernamentales. Comprendo el deseo de los hombres preocupados por hacerse oír mediante actos dramáticos, pero estos medios no deben ir contra la propiedad o la persona de otros».

Desde el mes de abril de 1970, en que fue condenado, hasta el 11 de agosto del mismo año, en que fue detenido, Daniel Berrigan vivió en la clandestinidad, pero en continuo viaje. Hacia constantes apariciones en público, preparadas por sus seguidores, que elevaron su nombre a la categoría de héroe. En un mismo día habló en público en tres ciudades distintas. Se convirtió así en el líder indiscutible de los «no-violentos» que protestaban contra la guerra. Escribía cartas y artículos para los más diversos periódicos. Su última intervención tuvo lugar en un templo de la Iglesia metodista unida, el 2 de agosto. El padre Berrigan, que llevaba una fina barba a modo de disfraz, fue presentado a los asistentes por el pastor John H. Rice, habló por espacio de diez minutos y marchó antes de que concluyera el servicio religioso. Finalmente fue detenido en casa de unos amigos, en el barrio de Bloc Island (Rhode Island). Siete de sus compañeros de aventura cumplieron ya condena. Sólo una de las

participantes en la quema de Catonsville, la enfermera Mary Moylan, anda todavía en libertad.

#### ESCRITOS DESDE LA CARCEL

Las obras más conocidas de los Berrigan han sido escritas en prisión. Es el caso de los **Poemas sobre el juicio**, un libro de Daniel que comenta los temas surgidos durante la causa seguida contra él y contra sus ocho compañeros. En la cárcel escribió también **El juicio contra los nueve de Catonsville** y **Que no haya barrotes para la Humanidad**. En ambas obras se exponen los testimonios de los nueve manifestantes durante los días del juicio oral, siendo dramatizada la primera pocos meses después. Esta obra es interesante, sobre todo porque muestra cómo fue Philip Berrigan con su actitud de desobediencia civil, quien arrastró a Daniel por el camino del pacifismo combativo «no-violento». Muchos de los diálogos mantenidos con el juez se transcriben casi taquígráficamente. Precisamente la versión teatral de **El juicio contra los nueve de Catonsville** se estrenaba quince días antes de la detención de Daniel. El libro más interesante de Philip es **Diario de prisión de un sacerdote revolucionario**.

Independientemente de estos escritos, merecen citarse los distintos mensajes y extensas cartas que desde la prisión han enviado los Berrigan a sus amigos o a otros movimientos pacifistas. El más significativo quizá sea el **Mensaje a los de Weatherman** —movimiento que patrocina la violencia—, aparecido en **The Village Voice**, de Nueva York, el 21 de enero de 1971. Al mensaje, los directivos del Movimiento Weatherman acompañaron una declaración. «Ningún principio vale tanto como el sacrificio de una vida humana», asegura Daniel Berrigan en ese escrito, por lo que el grupo (Weatherman) puede apoyar «el mito de que los jóvenes componentes de esta organización son gentes sin demasiado entendimiento, indiferentes a la vida y a la muerte de los seres humanos, determinados a crear un infierno en cualquier momento o en cualquier lugar». «La marca del comportamiento inhumano de los seres humanos también está suspendida sobre nosotros. La violencia indiscriminada, ya sea producida por el sistema o por los movimientos contestatarios, es la señal de las bestias», dirá Berrigan en el mensaje, que es su mejor declaración de pacifismo y de oposición «no-violenta»: «El movimiento revolucionario puede

tener un significado histórico en el caso de que no atente contra la dignidad humana y la protección de la vida de las personas, incluso de las vidas que parecen tener menos valor. Una revolución puede estar justificada en el caso de que no cree u origine una plaga semejante a la que intenta extirpar». Daniel Berrigan expresa también su admiración por los «Panteras Negras», que «están amenazados de extinción», dice. «Pero no puedo integrarme en este movimiento, porque en sus métodos, tanto como en sus fines, está seducido por la violencia».

El corto **Comunicado** del Movimiento Weatherman, que acompaña al mensaje de Daniel Berrigan, lleva fecha del 8 de octubre de 1970 y dice como respuesta al mensaje del jesuita que «la cultura revolucionaria también está basada en el respeto a la vida humana y en una gran creencia en la paz». Se cree que el comunicado fue redactado por Bernardine Dorh, dirigente revolucionaria que vive en la clandestinidad desde hace varios meses, una de las diez personas más buscadas por el FBI. El tono del comunicado, según ciertos expertos, es sensiblemente más blando que anteriores declaraciones, y no excluyen que ello se deba al impacto del mensaje que les dirigió Daniel Berrigan.

#### ¿SECUESTRO DE KISSINGER?

Cuando parecía que la estrella de los Berrigan comenzaba a declinar entre la opinión pública americana, al encontrarse ambos a la sombra por tres años, un nuevo acontecimiento de mayor resonancia les ha traído nuevamente a las columnas de la prensa. La nueva acusación partió nada menos que del director del FBI, Edgar Hoover, quien señaló a Philip Berrigan como el cerebro de un complot que pretendió secuestrar al consejero presidencial para Asuntos Nacionales, Kissinger, y hacer estallar los sistemas de calefacción de los principales edificios de Washington. Los supuestos conspiradores eran trece en total; entre ellos, tres sacerdotes y cuatro monjas católicas, con lo que el caso se presentó como una denuncia indirecta contra la Iglesia católica.

Pero la prensa se encargó muy pronto de airear ciertas irregularidades formales, tanto de la acusación como de las primeras decisiones del Ministerio de Justicia, relacionadas, sobre todo, con la detención de los sospechosos. El procurador general de los Estados Unidos presentó el 12 de enero de 1971 las acusaciones específicas contra Philip Berrigan y contra el padre Wenderoth. Estos, el 1 de abril de 1970 habrían inspeccionado varios túneles subterráneos de Washington con el fin de averiguar cómo funcionaban los sistemas de calefacción de los edificios del Gobierno, con el propósito de volarlos. «Además de proveerse de mapas, los conjurados pretendían dar un espectacular golpe de mano a la Casa Blanca, raptando al consejero privado de Nixon, Henry Kissinger, y mantenerle secuestrado mientras los Estados Unidos no se retiraran de Vietnam».

En marzo se retiraron las acusaciones que pesaban contra los inculpados considerados como «colaboradores»; entre ellos, la provincial de la Orden del Sagrado Corazón para la Costa Este de los Estados Unidos, Josefina Egan, de cincuenta y dos años, y contra Daniel Berrigan. Pero continúa encartado su hermano Philip, el padre Wenderoth, los Melville, Nel McLaughlin, Elisabeth McAlister



Buscada por su valor como garantía de calidad



La etiqueta Tergal no se vende  
y sólo se consigue junto a una  
auténtica prenda Tergal



# UN JUICIO CONTRA EL PACIFISMO

y Egbal Ahmad y Anthony Scoblick. Ahmad es profesor de Relaciones Internacionales en Princeton, y es el único extranjero del grupo y el único que no es clérigo.

## EL DUELO HOOVER-CLARK

El juicio contra los supuestos secuestradores de Kissinger amenaza convertirse, por una parte, en un duelo personal entre el director del FBI, Edgar Hoover, y el antiguo ministro de Justicia —mandato de Johnson— Ramsey Clark, y, por otra, en el juicio contra todos los movimientos de oposición a la guerra de Vietnam.

Ramsey Clark es autor de un «best-seller» titulado *Crímen en América*, que desencadenó el furor de Hoover, y ha aceptado la defensa de los principales encartados. Ello dice mucho en favor de la inocencia de los Berrigan y sus amigos, porque los abogados de Estados Unidos saben muy bien que Clark no aceptó nunca una defensa que no estuviera seguro de llevar a buen puerto. De Ramsey Clark aseguró en cierta ocasión Edgar Hoover que «era peor que Robert Kennedy como ministro de Justicia». Junto a él, otros tres de los mejores abogados del país se harán cargo también de la defensa: Leonard Boudin, de Nueva York, «visiting professor» de la Escuela de Derecho de Harvard, y Paul O'Dwyer, candidato demócrata en 1968 a las elecciones senatoriales de Nueva York, quienes tendrán como ayudante a William Kunstler.

Parece ser que Edgar Hoover no midió bien las consecuencias de su declaración ante la comisión encargada de los Créditos Especiales del Senado el 27 de noviembre último. Pedía 14 millones más de dólares y autorización para aumentar la plantilla del FBI con 700 empleados y 1.000 agentes más. Para apoyar sus argumentos contó a los senadores la historia del «complot contra Kissinger». La prensa, al dar referencia de la sesión, dijo: «Si lo expuesto por Hoover es un delito, debe hacer una acusación en regla ante las autoridades judiciales y no ante una comisión económica». Sólo a finales de diciembre el director del FBI se decidió a formalizar sus acusaciones, convencido posiblemente de la poca consistencia de los apoyos en que se sustentaba. Efectivamente, la acusación descansaba en el testimonio de un sujeto de dudosa moralidad, un tal Boyd Douglas, condenado a seis años de prisión en 1963 por usurpación de identidad y a otros cinco complementarios en 1967 por violencias contra un agente del FBI y tráfico de documentos. Douglas conoció en la cárcel de Lewisburg a Philip Berrigan, quien le encargó de transmitir al exterior ciertos comunicados para sus amigos, aprovechando la diaria salida de Douglas a las clases de una Universidad vecina. Según Hoover, Douglas entregó las cartas al FBI. Entre ellas había una, dirigida a Elisabeth McAllister, en la que se hablaba de un secuestro. ¿Dónde cumple ahora su condena Boyd Douglas? Nadie lo sabe, ya que en enero de 1971 desapareció de la cárcel donde le conociera Berrigan.

Un secuestro protagonizado por los Berrigan y sus amigos desmentiría toda su línea de «no-violencia», aparte de resultar tácticamente ineficaz. Basta recordar lo que Philip Berrigan tiene escrito en su *Diario de prisión de*

un sacerdote revolucionario: «En ciertas ocasiones, un cristiano puede tolear y aun aprobar una revolución violenta, pero no tiene el derecho de participar en ella activamente. Ningún principio vale el sacrificio de una vida humana. Si el movimiento contra la guerra hace de la violencia su medio y su fin, yo no podré formar parte de él».

Dejando a un lado los dimes y dires personales del tándem Clark-Hoover, se cree que Clark aprovechará la ocasión para dismantelar la gestión de Hoover al frente del FBI en años decisivos —Hoover es el funcionario que más años lleva al frente de un organismo de la Administración—. Está en el ambiente la acusación de que el director del FBI ha dado su visto bueno a la «invención» del supuesto complot clerical. Los comentaristas creen, además, que el juicio va a llegarle al equipo de Nixon en el momento más inoportuno, en vísperas de las elecciones, ya que amenaza en convertirse en banderín de enganche de cuantos opositores hay contra el Presidente a causa de su política en el Vietnam.

Por otra parte, un secuestro político no es efectivo si no se teme por la vida del secuestrado. Ahora bien, ¿pueden preparar secuestros gentes como los Berrigan, que reniegan de toda violencia? Es lo que se preguntan muchos comentaristas de prensa en USA. Los Berrigan solicitaron autorización para replicar a las acusaciones de Hoover, y declararon: «De hecho hay una conspiración mundial para salvar vidas, para exigir el final de las operaciones americanas de bombardeo en el Sudeste asiático, y estamos orgullosos de ser miembros de tal conspiración». Es lo más que admitieron respecto a las acusaciones de Hoover.

## EL PACIFISMO CLERICAL

El 27 de febrero de 1966, una ley federal, conocida con el nombre de *Trading with the Enemy act*, prohíbe toda forma de ayuda prestada por súbditos americanos a las poblaciones de Vietnam del Norte —y de cualquiera otra nación—, otorgada con etiqueta de caridad, que «pudiera servir a los enemigos del pueblo americano».

La ola de protestas eclesiológicas fue inmediata. Los cuáqueros promovieron acción legal ante la Corte Suprema, estimando que la ley violaba el famoso artículo primero de la Constitución, que garantiza la libertad de conciencia. Daniel Berrigan y los suyos estaban empeñados en el envío de medicinas a Vietnam del Norte y la Cáritas Americana se opone a los envíos tildándolos de «ilegales». Entre los protestantes, su líder, Luther King, seguía arrastrando multitudes los meses libres que le dejaban sus prisiones intermitentes. Fue Luther King quien hizo dar a los cristianos el paso del pacifismo de los derechos civiles al de la oposición a la guerra. «He comprendido que no podía elevar la voz contra la violencia de los que sufren opresión de nuestros «ghettos» si antes no hablaba claramente del mayor proveedor de violencia del mundo actual, nuestro propio Gobierno. Durante los últimos diez años estamos asistiendo al nacimiento de un nuevo sistema de represión, que justifica la presencia de consejeros militares americanos en Venezuela, la necesidad de mantener la estabilidad social favorable a nues-

tras inversiones preside la actividad contrarrevolucionaria de las fuerzas americanas en Guatemala, y explica por qué los helicópteros americanos están siendo utilizados contra las guerrillas de Colombia, y por qué nuestro napalm y los «bolinas verdes» han sido ya experimentados en Perú». Al llamamiento de Luther King de boicotear la guerra de Vietnam declarándose objetores de conciencia respondieron inmediatamente unos 30.000 ministros protestantes y otros 5.000 curas católicos. Lo de Cassius Clay no fue algo sonoro por aislado. Miles de jóvenes yanquis prefieren huir de su país cada año antes que combatir, o se declaran objetores.

En 1967 nació el movimiento Negotiation Now, que pretendía presentar en otoño al Presidente Johnson un millón de firmas de gentes opuestas a la guerra. Los cuatro primeros firmantes fueron otros tantos obispos católicos, los de Atlanta, Oklahoma City, Newark y el auxiliar de Saint-Paul, monseñor Shanon, que después se secularizaría a raíz de un enfrentamiento doctrinal con Pablo VI a causa de la *Humanae Vitae*. Y el obispo de Rochester, Fulton Sheen, predicaba unos días después, haciendo propaganda del pliego de firmas: «La reconciliación racial, ¿debemos reducirla a nuestros conciudadanos? ¿No podríamos también reconciliarnos con nuestros hermanos de Vietnam?».

Las dos antorchas humanas —el joven cuáquero Norman Morrison, en Washington, y el católico Roger LaPorte, ante el edificio de las Naciones Unidas— cumplieron un trágico papel de agitadores de las conciencias.

Ante el creciente número de sacerdotes y religiosos y religiosas enrolados en los movimientos pacifistas, y ante el indudable prestigio de algunos de ellos, creadores de sus propios movimientos, la Conferencia Episcopal de Estados Unidos se vio forzada en 1968 a manifestar su pensamiento. Nunca antes se había dado una declaración oficial de la Iglesia católica tan tajantemente opuesta a la guerra, a la vez que pedía que se modificaran las leyes de reclutamiento para que se reconocieran los derechos de los ciudadanos a la objeción de conciencia. Coincidió la declaración con las primeras detenciones de clérigos, como la efectuada en Milwaukee, cuando un grupo de sacerdotes y seglares penetró en una iglesia, interrumpió la Misa y protestó contra los bombardeos del delta del Mekong. Finalmente, ya en 1971, dos serios envites eclesiológicos se han producido contra la política USA en Vietnam. Primeramente fue la Federación Nacional de Consejos Presbiteriales, organismo que representa a unos 35.000 sacerdotes católicos de los 59.000 con que cuenta el país; la Federación lamentó «la deficiente sensibilización de la Jerarquía respecto a los problemas como la guerra de Vietnam y los derechos civiles». La resolución adoptada decía claramente: «La Federación Nacional de los Consejos Presbiteriales condena sin la menor duda la continuada implicación de Estados Unidos en la guerra del Sudeste asiático». La respuesta de los obispos tuvo lugar a finales de abril, en su sesión plenaria, dedicada a discutir los problemas de la justicia en el mundo. En una votación sobre la postura episcopal respecto a la guerra vietnamita, el 82 por 100 de los obispos norteamericanos se manifestaron por una urgente retirada de fuerzas y por una paz total. ¿Por qué esta actitud de los obispos? Porque desde

septiembre se enfrentaban en sus respectivas diócesis con un creciente movimiento clerical, popularmente conocido con el nombre de los «predicadores contra la guerra», que en un principio se lanzó con 3.000 curas párrocos, que se comprometían a predicar todos los domingos contra la guerra vietnamita y el reclutamiento de nuevos soldados. Los «predicadores» han aumentado en los últimos meses hasta 15.000, planteando a las autoridades muy serios problemas, tanto dentro de la Iglesia como fuera de ella.

## EL ASALTO A LA POLÍTICA

Aunque todos los sacerdotes y religiosos se alisten entre los que combaten la guerra, ¿se logrará algo eficaz o todo continuará como hasta el momento? ¿Las protestas seguirán siendo protestas mientras que las bombas siguen matando? Estos interrogantes son muy lentos, porque —dicen— «sólo unos centenares de ciudadanos son los que pueden decidir sobre las graves cuestiones nacionales». Por tanto, será preciso ir al Senado y al Congreso para, utilizando los medios legales, cargarse la presencia americana en el Sudeste asiático y llevar la redención total a los negros americanos, a los portorriqueños y mexicanos instalados en el país.

En virtud de estos planteamientos, cinco sacerdotes se presentaron a las pasadas elecciones para el Congreso. De los cuatro, sólo el padre Drinan salió victorioso, pero su ejemplo ha hecho que se preparen ya en la actualidad para nuevos asaltos un par de docenas de clérigos. ¿Será ese el camino? Es difícil creerlo, por la atávica postura de alejamiento de la política en que la Iglesia ha mantenido a sus miembros eclesiológicos. Pero como síntoma no deja de ser interesante. El padre McLaughlin, jesuita, de cuarenta y tres años, se presentó en Rhode Island como candidato oficial del partido republicano. Su obispo, monseñor McVinney, le acusó de violar las normas eclesiológicas, al no solicitar el permiso episcopal para presentarse candidato. El Presidente Nixon ha nombrado recientemente a McLaughlin su consejero particular para asuntos de promoción social nacional.

La misma Conferencia Episcopal, reunida en San Francisco, decidió «desalentar» a los sacerdotes candidatos, pidiendo a cada obispo que les «disuadieran de sus aspiraciones políticas». La campaña de los cinco curas se basó casi exclusivamente en su oposición a la guerra y su vinculación a los movimientos pacifistas y en favor de los derechos civiles. Los electores dejaron en la cuneta al padre Lucas, un filósofo de la Universidad de Younston, en Ohio; al padre Louis Gigante, párroco de un miserable barrio de Nueva York, y al padre Robert Cornell, profesor en Wisconsin. Pero Drinan, un jesuita ferozmente opuesto a la guerra de Vietnam, está ya en el Congreso por el Estado de Massachusetts, adonde llegó batiendo al candidato oficial republicano, John McGlennan, y al demócrata Philip Philbin, que llevaba veintiséis años en su escaño. ■ F. C. L.